23 de abril
Día Mundial del Libro

No me preguntes cómo pasa el tiempo

José Emilio Pacheco

Nicanor Parra (1914)
El poeta está ahí para que el árbol no crezca torcido.

Adolfo Bioy Casares (1914-1999)
La eternidad es una de las raras virtudes de la literatura.

Octavio Paz (1914-1998)
Cada poema es único. En cada obra late, con mayor o menor grado, toda la poesía. Cada lector busca algo en el poema. Y no es insólito que lo encuentre: ya lo llevaba dentro.

Marguerite Duras (1914-1996)
Un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido. Escribir es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido.

Julio Cortázar (1914-1984)
Los libros van siendo el único lugar de la casa donde todavía se puede estar tranquilo.

Efraín Huerta (1914-1982)
No puedo/ Dejar/ De/ Escribir / Porque/ Si me/ Detengo/ Me alcanzo.

José Revueltas (1914-1976)
Yo hablo del amor en el sentido más alto de la palabra. La redignificación del hombre, la desajenación del propio ser humano.

Un siglo de genios literarios

Encuentro

Ya me encontré a mí mismo en una esquina del tiempo.
No quise dirigirme la palabra,
En venganza por todo lo que me he hecho con saña.
Y me seguí de largo y me dejé hablando solo.
–Con gran resentimiento, por supuesto

Universidad de Guadalajara

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Tels. (33) 36 40 45 94
36 40 63 26
36 42 73 69

contacto@editorial.udg.mx

www.editorial.udg.mx

@editorialudg

Los autores de los textos permiten copiar, reproducir, distribuir y comunicar públicamente esta obra, siempre y cuando se cite y reconozca la fuente original, especialmente al autor y al editor. No se permite fragmentar la obra, generar obra derivada ni utilizarla con fines comerciales.

Textos: Cecilia Kühne
Ilustraciones: Paula Gómez-Ibarra
Coordinación y cuidado: Sayri Karp
Diseño: Sol Ortega Ruelas

José Emilio Pacheco

El año en que nació José Emilio Pacheco, el Castillo de Chapultepec se convirtió en el Museo Nacional de Historia, empezó la Segunda Guerra Mundial, terminó la Guerra Civil Española, se fundó el Instituto Nacional de Antropología y T. S. Eliot, escribió *El libro de los gatos habilidosos del viejo Possum*.

El mundo, como siempre, era una combinación entre lo incierto y lo indudable, la guerra un fuego atroz, pero lejano, y la paz una calma que se antojaba aburrida. La literatura, en cambio, era la gran promesa. Nuevos escritores mexicanos estaban por renovar el lenguaje, las ideas y el uso de las palabras. Era 1939. La Ciudad de México, su lugar de nacimiento, sí era la región más transparente, presumía de sus palacios y sus plazas y era la perfecta musa de cancioneros y poetas; la locación ideal para que relumbrara el cine de oro y una asombrada metrópoli que no daba crédito a la modernidad que la alcanzaba cada vez más rápida y reluciente.

Pacheco estudió en la Facultad de Derecho y también en la de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue redactor, editor, colaborador y director de revistas y suplementos culturales. También traductor y columnista, pero sobre todo un notable escritor, el más ilustre poeta de la llamada "generación de los cincuenta" o "generación de medio siglo", en la que también figuran Carlos Monsiváis, Eduardo Lizalde, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Vicente Leñero, Juan García Ponce, Sergio Galindo y Salvador Elizondo.

De manera inevitable, muchos conocieron primero sus versos y después se interesaron por la prosa. Pero lo innegable, aunque tocó todo género posible, fueron sus temas de siempre y sus providenciales obsesiones. Aparecen sin remedio la solidaridad con los condenados de la tierra, el huracán implacable de la Historia, la materia en constante transformación, la infancia como territorio del descubrimiento y como anticipo del futuro desastre, el devenir del tiempo, lo perdido.

José Emilio Pacheco nunca concibió ninguno de sus trabajos como obras terminadas y sus creaciones fueron siempre para él como el título de uno de sus cuentos: "una historia interminable".

Muchos libros nos regaló el poeta. Libros que conmocionan al descubrirlos y emocionan en cada frase, cada página. Libros favoritos de títulos perfectos: *No me preguntes cómo pasa el tiempo, Irás y no volverás, Morirás lejos.* Libros donde el lector se convierte en personaje y adquiere los mismos gustos y recuerdos.

Escribiendo, hizo inventarios de todo lo posible y lo imposible: las noches que serán y las que han sido, el amor que puede ser asfixia, el desamor como padre de todos los monstruos. También habló de los parques y las calles, los murciélagos y los pulpos, el principio del placer, el final de los tiempos y el invierno que nos va a llegar a todos. De todo eso nos contó la pluma de José Emilio Pacheco. Y sus palabras no fueron signos negros sobre una página blanca. Escritura solamente. Poesía por vocación inobjetable.

Presencia

¿Qué va a quedar de mí cuando me muera
sino esta llave ilesa de agonía,
estas pocas palabras con que el día,
dejó cenizas de su sombra fiera?

¿Qué va a quedar de mí cuando me hiera
esa daga final? Acaso mía
será la noche fúnebre y vacía
que vuelva a ser de pronto primavera.

No quedará el trabajo, ni la pena
de creer y de amar. El tiempo abierto,
semejante a los mares y al desierto,

ha de borrar de la confusa arena
todo lo que me salva o encadena.
Mas si alguien vive yo estaré despierto.

José Emilio Pacheco

Las batallas en el desierto

Hasta que un día —un día nublado de los que me encantan y no le gustan a nadie— sentí que era imposible resistir más. Estábamos en clase de lengua nacional como le llamaba al español. Mondragón nos enseñaba el pretérito pluscuamperfecto del subjuntivo. Eran las once. Pedí permiso para ir al baño. Salí en secreto de la escuela. Toqué el timbre del departamento 4. Una, dos, tres veces. Al fin me abrió Mariana: fresca, hermosísima, sin maquillaje. Llevaba un kimono de seda. Por supuesto se asombró al verme. Carlos, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Jim? No, no señora: Jim está muy bien, no pasa nada.

Nos sentamos en el sofá. Mariana cruzó las piernas. Por un segundo el kimono se entreabrió levemente. Las rodillas, los muslos, los senos, el vientre plano, el misterioso sexo escondido. No pasa nada, repetí. Es que... No sé cómo decirle, señora. Me da tanta pena. Qué va a pensar usted de mí. Carlos, de verdad no te entiendo. Me parece muy extraño verte así y a esta hora. Deberías estar en clase, ¿no es cierto? Sí claro, pero es que ya no puedo, ya no pude. Me escapé, me salí sin permiso. Si me cachan me expulsan. Nadie sabe que estoy con usted. Por favor, no le vaya a decir a nadie que vine. Y a Jim, se lo suplico, menos que a nadie. Prométalo.

Vamos a ver: ¿Por qué andas tan exaltado? ¿Ha ocurrido algo malo en tu casa? ¿Tuviste algún problema en la escuela? ¿Quieres un chocomilk, una cocacola, un poco de agua mineral? Ten confianza en mí. Dime en qué forma puedo ayudarte. No, no puede ayudarme, señora. ¿Por qué no, Carlitos? Porque lo que vengo a decirle —ya de una vez, señora, y perdóneme— es que estoy enamorado de usted.

Pensé que iba a reírse, a gritarme: estás loco. O bien: fuera de aquí, voy a acusarte con tus padres y con tu profesor. Temí todo esto: lo natural. Sin embargo Mariana no se indignó ni se burló. Se quedó mirándome tristísima. Me tomó la mano (nunca voy a olvidar que me tomó la mano) y me dijo:

Te entiendo, no sabes hasta qué punto. Ahora tú tienes que comprenderme y darte cuenta de que eres un niño como mi hijo y yo para ti soy una anciana: acabo de cumplir veintiocho años. De modo que ni ahora ni nunca podrá haber nada entre nosotros. ¿Verdad que me entiendes? No quiero que sufras. Te esperan tantas cosas malas, pobrecito. Carlos, toma esto como algo divertido. Algo que cuando crezcas puedas recordar con una sonrisa, no con resentimiento. Vuelve a la casa con Jim y sigue tratándome como lo que soy: la madre de tu mejor amigo. No dejes de venir con Jim, como si nada hubiera ocurrido, para que se te pase el enamoramiento y no se convierta en un problema para ti, en un drama capaz de hacerte daño toda tu vida.

Murciélago

Por supuesto es un ángel caído
ha prestado sus alas y su traje (de carnaval)
a todos los demonios.

Tigre



Ya devorado por la tarde el tigre
se hunde en sus manchas,
sus feroces marcas,
legión perpetua que lo asedia, hierba,
hojarasca, prisión
que lo hace tigre.

Las termitas

A las termitas dijo su señor:
derribad esa casa.
Y llevan no sé cuántas generaciones
de perforar, de taladrar sin sosiego.

A quien pueda interesar

Que otros hagan aún
el gran poema
los libros unitarios
las rotundas
obras que sean espejo
de armonía.
A mí sólo me importa
el testimonio
del momento que pasa
las palabras
que dicta en su fluir
el tiempo en vuelo.
La poesía que busco
es como un diario
en donde no hay proyecto ni medida.

La salamandra

Nace del fuego o es de fuego. Encarna
la vida vulnerable que vuelve siempre.
Para encenderse y seguir ardiendo se nutre
de lumbre y muere.

El erizo

Zarza ardiente en el mar, perpetua llaga.
Resiste la tormenta en su lecho de espinas.
El erizo no huye se presenta
en guerra pero inerme ante nuestros ojos.

La araña

Pasó por aquí la araña
veloz como fuego fatuo.
Subió a la cama
leyó algo en el libro abierto
y se llevó un renglón entre las patas.

Alta traición

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
fortalezas,
una ciudad deshecha,
gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
y tres o cuatro ríos.